

“Si alguno viene a mí, tome su cruz”
Sal. 1; Dt. 30:15-20; Flm 1-21; Lc. 14:25-35

Cap. Miranda,
Hohenau.

“¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? (Lc. 14:28). ¿O qué rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? (Lc. 14:31). Jesús no habla en este pasaje de arquitectura, de proyectos edilicios, tampoco habla de política, o de cómo emprender una guerra. Tan sólo está haciendo una comparación, para hacernos pensar de algo diferente, de algo importante como cristianos. Jesús está queriéndonos hacer pensar del costo del discipulado cristiano, es decir, del seguimiento de Jesús en nuestras vidas. El constructor debe hacer eso precisamente: evaluar sobre el costo que implica comenzar una obra, un edificio, una casa, un puente, y el esfuerzo que implica no sólo iniciar la construcción, sino también de concluir esa obra. “No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar” (Lc. 14:29-30). Lo mismo el rey con su ejército: debe pensar antes de actuar, debe medir la fuerza y las capacidades de su oponente para saber si le puede vencer. Así también es en la vida cristiana: debemos sentarnos a evaluar sobre lo que implica seguir a Jesús como sus discípulos, ser conscientes, y darnos cuenta, de que se trata de un camino estrecho, que seguir a Jesús no es fácil, y que implica sufrimiento, porque tiene que ver con renunciar a uno mismo.

Por eso Jesús les dice: “Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo” (Lc. 14:26-27). En este versículo, el término “aborrecer”, no significa “odiar, despreciar” a las personas, sino que quiere decir “preferir, considerar una cosa mejor que otra”. En otras palabras, lo que Cristo quiere decir en este pasaje bíblico, es que no se puede ser un discípulo suyo, considerarse uno un cristiano, pero amar más a su esposo, esposa, hijos o hermanos que al propio Señor Cristo. Ciertamente es duro este pasaje, porque nos hace pensar sobre quién estimamos más, en quién confiamos más, sobre qué personas considero más importantes. Jesús les dice en este pasaje: ciertamente, si me sigues, pero amas más a estos que a Mí, en verdad no puedes ser mi discípulo.

Podemos notar que la demanda o la exigencia de Jesús en este pasaje está relacionada con el Primer Mandamiento: “No tendrás otros dioses delante de Mí” (Éx. 20). Al decir Jesús estas cosas, está resaltando la naturaleza divina de su persona. Porque en este pasaje bíblico, Cristo mismo se coloca en el centro de nuestra vida, como Aquel que merece la máxima preferencia, el máximo honor, la mayor estima. Así también a la Palabra de Jesús, la palabra de Dios, la Biblia, le corresponde este honor. Así dice el Salmo 1: Bienaventurado el varón que... en la Ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará.” Seguir a Jesús no es otra cosa que seguir su Palabra y preferirla por encima de todas las cosas, como la cosa de mayor valor en nuestra vida.

Así que se trata de una cuestión de preferencias. Y la pregunta que Jesús nos hace entonces es, ¿qué estimas más en tu vida? ¿A quién consideras de mayor importancia? ¿Cuáles son las “cosas que distraen el alma y la ponen en peligro, haciéndola más accesible a las asechanzas y astucias del enemigo”?¹ En este pasaje Jesús le habla a cada cristiano en

¹ San Basilio, en *Catena Aurea* 10428, Lc. 14:25-33.

forma personal, individual. No a los demás, sino a vos mismo. Si de algún modo está quedando la estima a Jesús y su Palabra de lado, la estima a la oración, a los sacramentos, al ahogar al viejo Adán, en el último lugar, Jesús dice: Entonces... no puedes ser mi discípulo. “Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc. 14:33).

La iglesia, “aunque está compuesta exclusivamente de ovejas, de regenerados, nunca se presenta como una comunidad de solo verdaderos cristianos. Nunca se puede librar de hipócritas... Sólo en la vida eterna será triunfante y sin mácula, separada de aquellos que no se le unieron de buena fe y con sinceridad, que en el fondo sólo eran motivados por intereses egoístas. Aunque los hipócritas y cristianos nominales confiesen a Cristo con sus labios, su corazón está lejos de él. Quieren satisfacer sus propios deseos carnales, pero no servir sólo al Señor. [De ahí que] en Lucas 14:26 dice el Señor: Si alguno viene a mí, y no aborrece”, etc.,... no puede ser mi discípulo... Pero, sólo ante el tribunal de Cristo se conocerá a los hipócritas. *Se puede ver que la gente va a la iglesia, pero no se puede ver si pertenecen a la iglesia.* Es imposible determinar si tal o cual persona pertenece a la iglesia. Yo no puedo saberlo; solo Dios lo sabe.”²

Ahora bien, lo que venimos diciendo hasta aquí, hermanos, se trata de la palabra de Dios de la ley, la palabra que amonesta y advierte. Pero eso no es el todo del mensaje. Ahora aparece también el mensaje del evangelio. La Buena Noticia de Jesús se revela de esta manera, cuando él dice: “Buena es la sal” (Lc. 14:34). Parece como si Jesús hablara de algo totalmente diferente aquí, como si hablar de la sal no tendría nada que ver con este tema del discipulado cristiano. Hasta que lo escuchamos decir a Jesús en el Sermón del Monte (Mt. cap. 5-7): “Vosotros sois la sal de la tierra” (Mt. 5:13). El cristiano, como discípulo de Cristo, ya es sal de la tierra. Ninguno de nosotros se hace “sal” por su propio esfuerzo; para ser sal, primero fuimos “salados” por Jesús mismo. ¿Cuándo? ¿Cómo? Por su sacrificio en la cruz, Cristo devolvió el sabor a nuestra vida insípida, sin sabor. Cristo, por su único sacrificio en la cruz del calvario, vino a restaurar a su creación caída en el pecado, que ya no tenía el sabor del amor y del perdón. Cristo Jesús, nuestro Salvador, logró por el derramamiento de su propia sangre, devolver la alegría y la felicidad a quienes sólo tenían sinsabores y una vida sin sentido. Cristo, como la sal, devolvió el sabor a nuestra vida. Su gracia y su bondad para contigo, te bendijo para bendecir a su vez a otras personas con la sal de su Palabra de paz y libertad. Por eso, “buena es la sal”, se refiere a ustedes, sus discípulos, sus cristianos, estimados y amados por Cristo, el que puso la sal de su gracia en ustedes mediante la enseñanza de su sana doctrina. Ahora ustedes, como portadores de esa Palabra, de la Buena Noticia, “son la sal de la tierra”, para devolver el sabor a vidas que no tienen el sabor del perdón de sus pecados, y preservar así la vida de estas personas para que también tengan oportunidad de oír el evangelio y alcancen la salvación y la vida eterna.

Alguien que comprendió bien esto fue el apóstol Pablo. Él asumía su rol de misionero, de “sal de la tierra”, a pesar de las luchas, las pruebas, las cruces y sufrimientos que debiera afrontar. En su carta dedicada a un cristiano llamado Filemón, unas cinco veces utiliza la palabra “sufrimiento”, para indicar la cruz que padecía por causa de Cristo, es decir, la cárcel, por haber enseñado de Cristo a otras personas y permanecer fiel a sus enseñanzas. Para Pablo, llevar esta cruz, seguir a Jesús y anunciar el evangelio son la misma cosa. Cómo él dice: “Nosotros predicamos a Cristo crucificado” (1 Co. 1:23); y también “Yo traigo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús” (Gl. 6:17); además: “con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí... el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gl. 2:20).

² Walther, Carlos. (1972). Ley y Evangelio, Tesis XX, p. 272. IELA.

Por eso, Pablo no se queja, no se lo ve amargado. Al contrario, por el tono de su carta, permanece tranquilo, y asume la cruz de estar preso por causa del evangelio con resignación cristiana, es decir, con paciencia poniendo su vida en manos de Dios. Pablo sabe del costo del discipulado, sabe que el evangelio es locura para los que se pierden, y acepta la cruz que le toca como apóstol.

En esa cruz y dolor de estar preso por ser cristiano, entre otras cosas Pablo escribe a Filemón: “Te saludan Epafras, mi compañero de prisiones por Cristo Jesús” (Flm. 23). En esto aprendemos, hermanos, lo importante que es apoyarse entre ustedes en las pruebas y dificultades de la vida cristiana. Es decir, Jesús “quiere que sean útiles a sus prójimos”³, así como la sal es útil para las comidas. “Pero si se corrompe el que había de ser útil a los demás, no podrá ser socorrido”, como dice el evangelio: “Mas si la sal se hiciera insípida, ¿con qué se sazonará?” (Lc. 14:34). Porque ustedes saben que hay cruces que se hacen muy pesadas, y el camino, a veces, se hace muy cuesta arriba, y esa cruz pareciera ser demasiado pesada para llevarla solos auestas. Pablo quizás se sentía así. Pero qué bueno para Pablo saber que Epafras estaba a su lado, como “compañero de prisiones por Cristo Jesús”. Así también ustedes, deben mutuamente apoyarse en las cruces que les toca llevar, como está escrito: “Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo” (Gl. 6:2). No se trataba de la cruz de Epafras, sino la de Pablo. Pero Epafras acompañaba a Pablo, le visitaba, y por qué no, a veces, a pesar de estar frente a un apóstol, no por eso dejaba de consolarle y animarle, poniendo sal de fe, amor y esperanza en la vida de Pablo. Por eso, en la dificultad y la agonía, pidamos ayuda al Altísimo para que nos dé palabras de gracia “sazonada con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada uno” (Col. 4:6). “Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros” (Mc. 9:50). “El que tiene oídos para oír, oiga” (Lc. 14:35). Amén.

³ Teofilacto, en *Catena Aurea* 10428, Lc. 14:25-33.